

Los verdugos serán los jueces; los mártires los revoltosos.

Su doctrina adquirió mayores proporciones: se extendió por las ciudades, los ducados electorales y reinos. El nuevo culto era una policía; es decir, una espada; y al mismo tiempo que Lutero había querido arrebatársela de toda mano cristiana, ahora la hacía empuñar a sus magistrados.

La escritura se complacia de sus caprichos. Así como Lutero había negado y concedido sucesivamente el purgatorio, las oraciones por los difuntos, la confesión y la Misa, ella le volvió la espada que le había retirado ella misma. Ved ahí su sociedad constituida y su espada levantada, amenazando á la vez al turco y al mal cristiano que no quiere combatir contra el infiel.

En 1521 era un crimen dar un óbolo para hacer la guerra á los turcos: Lutero tenía necesidad de fondos.

En 1528 condenaba á aquellos oradores tabernarios que apartaban al pueblo de la guerra contra los infieles: Lutero tenía miedo á los infieles.

En 1522 llegar á servirse de una espada, era trastornar las leyes de la república cristiana: Lutero tenía miedo á la espada.

En 1528 la espada era un atributo cristiano del poder: Lutero tenía necesidad de ella.

Aun le veremos disputar con un Rey tomista, multiplicando estas dobles fases de audacia y de versatilidad.

CAPITULO XXIII.

ENRIQUE VIII.—1522-1523.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia es el primer libro que salió de la pluma de Lutero, dándole á conocer en Alemania; es una amplificación de colegio, en que el escritor reúne todas las quejas contra la Sede romana y todo lo que ya se había dicho por Pedro de Vaud y Juan de Huss. Sorprende á cada página ver una pluma, que parece probarse á sí misma, titubear, y detenerse cuando debía correr y dar á sus lectores el mas vivo resplandor. Lutero estaba aun entre las "mantillas del catolicismo," y esto explica bien, por ejemplo, las timideces y titubeos del cenobita. Las mas de las veces se le ve en esta obra menos animoso que en sus tesis de Wittemberg. En ellas había negado, como no podría menos de acordarse, que el pontificado era de origen divino, haciéndole una institucion humana, que se perdía en el pasado, y

que podía considerarse como ese culto que merecen todas las instituciones, cuya cuna se mecía en la noche de los tiempos. Mas en su *Cautividad* el pontificado no tiene para él el prestigio que en otros tiempos; es un pensamiento todo mortal, nacido ayer, y que cualquier accidente puede destruir; una anomalía en el gobierno eclesiástico, que conviene corregir; una usurpación, que los pueblos han dejado pasar para su desgracia: es la cadena de miserias que de siglo en siglo han asaltado al rebaño de Jesucristo, la lla-ga que ha corroido las verdades primitivas de la revelación, y el estado de cautividad en que gime la hija de Sion. Tres siglos después de estas falaces elegías á la influencia del pontificado, un historiador, Ranke, procedente de la escuela luterana, se inspiró en la *Babilonia* de su maestro, y bebió sus aguas corrompidas. Según el pensamiento de este moderno Nemrod, había escrito estas páginas para vengar á Roma de los ultrajes inferidos por su Padre á la creencia, mostrándonosla de edad en edad como guardiana de la civilización, de las luces y de la moralidad de los pueblos.

*La Cautividad de la Iglesia de Babilonia*, repartida en Alemania con profusión, leída ávidamente, y celebrada por los antagonistas de la escuela de Colonia, pasó á Inglaterra, donde también hizo algún ruido. La escolástica tenía en Londres entre la clerecía y los Seminarios muchos defensores acalorados. La revolución luterana había causado un aturdimiento mezclado de espanto.

Por fortuna, el teólogo de la época era justamente el monarca que reinaba sobre la Gran-Bretaña. Enrique VIII fue uno de los primeros que leyeron el folleto de Lutero, y se propuso derrotarle sobre la marcha. Erasmo, al saber este capricho del Rey, no pudo menos de aplaudirle. El príncipe, durante algunas semanas, se encerró con su canceller, con el Arzobispo de York y otros Prelados, que, si hemos de creer á Lutero, eran los que á su señor imbuían

en sus sofismas y escitaban su cólera. La respuesta apareció al poco tiempo, con el título de *Defensa de los siete Sacramentos, contra el Dr. Martín Lutero*.

Cierta noche una aparición, que tenía mucha más realidad, por cierto, que las apariciones de Satan, vino á atormentar al reformador en la Wartbourg: era la fantasma de Enrique VIII. Este descendía al castillo, no como los historiadores nos le representan, con aquel buen semblante (*bonne mine*), en que no cedió sino á Francisco I, ó como Holbein le ha pintado, con sus armiños cambiantes, adornado con una gorguera perfectamente rizada, y la mirada de raposa, sino con el hábito de un cenobita, y trayendo en sus manos la *Defensa de la fe católica*, que había dedicado á Leon X.

Esta apología del cristianismo, escrita por una testa coronada, fue un gran acontecimiento en el mundo religioso. La obra de Enrique VIII atravesó bien pronto los mares, y fue reproducida en todos los idiomas. En Holanda, en Bélgica, en Alemania y en Francia. En Italia, una lluvia de sonetos, odas y poemas se lanzaron en honor del monarca. Vida y Cicoli celebraron la obra real en versos latinos; Erasmo canta la prosa; Eek la lógica del príncipe. Durante más de seis meses el mundo no se ocupaba más que de Enrique VIII y de su gloria literaria. Esta gloria hoy se ha olvidado, y el libro de Enrique yace envuelto en un sudario de pergamino, entre el polvo de las bibliotecas alemanas, donde nosotros le hemos encontrado, no lejos de las obras de Prierias, de Latomus y Cochlée, que en otro tiempo hicieron tanto ruido en aquella tierra. Celebramos este hallazgo, que nos proporciona el placer de sacar á luz algunos de sus trozos. Ved uno:

«Hubo un tiempo, dice Enrique VIII, en que la fe no tenía necesidad de defensor; no tenía enemigos. Mas hoy hay uno que escude en malignidad á todos cuantos han existido; que tiene los instintos del demonio; que se cubre

con el manto de la caridad, y que todo lleno de cólera quiere vomitar su veneno de vibora contra la Iglesia y contra el catolicismo. Es preciso que toda alma cristiana, que todo siervo de Cristo, que todo sexo y toda condicion, se alcen contra este enemigo comun...

«¿Qué peste es esta que se lanza sobre el rebaño del Señor? ¿Qué serpiente podrá compararse á este cenobita que ha escrito sobre la cautividad babilónica de la Iglesia; que se vale de la lengua sagrada para atacar los Sacramentos; ladrón de nuestras viejas tradiciones, que no tiene fe en las santas inteligencias y en los viejos intérpretes de nuestros Libros Sagrados, cuyos textos corrompe para adaptarlos á su opinion, y que compara la Santa Sede con la impura Babilonia, tratando de tirano al Sumo Pontífice, y haciendo su nombre sinónimo del del Antecristo? ¿Hombre orgulloso, blasfemo y cismático; lobo carnicero, que queria devorar al ganado cristiano; hijo de Satanás, que quiere separar las ovejas de Cristo su Pastor; alma corrompida, que intenta resucitar las herejías olvidadas en el sepulcro hace muchos años; que mezcla nuevos á viejos errores, y parecido al Cancerbero, guarda los infiernos con la luz de sus herejías, que reposaban en las tinieblas, y encuentra su gloria en trastornar con su palabra la Iglesia y la comunión católica!»

Enrique entra despues en materia, combatiendo y destruyendo el dogma sajón. El teólogo coronado es justo, preciso, incisivo en su estilo. No parece, por cierto, á aquellos argumentadores que nosotros vimos en Worms adular á Lutero, prodigándole incienso y miel, y que procuraban con palabras suaves hacer entrar al alma extraviada en el camino de la autoridad.

Enrique VIII es el monarca de la historia y de la pintura: su mirada brillante, la frente llena de cólera, los labios agitados de furor. El teólogo hubiese preferido despojarse de la capilla, y sacar la espada para

introducir su argumento por la garganta de su adversario.

«Desventurado, le decia á Lutero: tú no comprendes el valor de la obediencia. ¿No ves que si la pena de muerte fue pronunciada en el Deuteronomio contra todo espíritu orgulloso y rebelde al Sacerdote, su Maestro, tú merecerias todos los suplicios por haber desobedecido al Sacerdote Supremo, al gran Juez en este mundo!...»

Habia, pues, en el escrito de Enrique VIII rasgos brillantes, de una buena elocuencia. Cuando habla de la majestad que ennoblece las testas coronadas, del respeto de los súbditos á sus principes y de las humillaciones que habia hecho sufrir Lutero á la tiara, se anima, se enardece, y se ven sonrojarse sus mejillas con el fuego de la inspiración. Su frase adquiere una expansion indefinida, y se enriquece con mil imágenes llenas de grandeza:

«¿Quién niega que la comunión cristiana toda acata á Roma como su madre y su guía espiritual? En los confines de la tierra, los cristianos, separados por las inmensidades del Océano y de los desiertos, obedecen á la Santa Sede. Luego si la potestad pontificia, ese inmenso poder, no ha sido concedido al Papa ni por la voluntad de Dios ni la del hombre; si es una usurpacion, un robo, que Lutero nos diga de dónde viene; que nos designe su origen. El origen de un tan gran poder no puede estar envuelto entre tinieblas, y mucho menos cuando una tradición viva conserva clara é indisputable la época de su nacimiento. ¿Quieres hacer remontar su origen á uno ó dos siglos cuando mas? Abre la historia, y mira sus respetables páginas.

«Mas si este poder es tan antiguo, que se pierde su origen en la noche de los tiempos, debia el doctor saber que, segun las leyes humanas, la posesion ianemorial es legitima, y que, segun el consentimiento unánime de los pueblos, no puede de ningun modo alterarse aquello que los siglos han hecho inmutable.

«Gran imprudencia se necesita para sostener lo que todo el mundo niega, para afirmar que el Papa ha fundado sus derechos con la ayuda del despotismo. Mas, ¿de qué modo quiere obligarnos Lutero! ¿Nos creará tan estúpidos para persuadirnos de que un pobre clérigo habría podido llegar á establecer un poder tal como el suyo? ¿Que sin objeto, sin mision, sin ninguna especie de derechos, habría podido someter tantas naciones á su cetro? ¿Que tantas ciudades, provincias y reinos habrían sido tan pródigos de sus libertades por reconocer en cambio á un extranjero, á quien ni debían fe, ni homenaje, ni obediencia?..»

La página mas curiosa del libro de Enrique VIII es sin duda aquella en que defiende la Misa contra los argumentos del fraile agustino, bajo el doble punto de vista dogmático, de buena obra y de sacrificio. Cualidades negadas por Lutero á este sacramento.

Al leer su sólida argumentacion, clara, resplandeciente á veces, en estro poético, en rasgos brillantes de imaginacion, y en que se distingue al retórico rompiendo las trabas de la escuela, y donde se observa una gran inteligencia de los sagrados textos y de la delicada suavidad del idioma latino, no podemos menos de presumir, por una parte, que Lutero sospecharia que el monarca no fue sino un estudiante escribiendo lo que le dictase alguno de sus Obispos, y, por otra, el motivo fundado para que el Pontífice concediese al teólogo el título de *Defensor de la fe*. Sadolet, secretario pontificio, no estuvo, por cierto, mas elegante, ni su periodo mas ciceroniano.

Lutero sostenia que estas palabras de Cristo: «Lo que ligáreis en la tierra será ligado en el cielo,» se referian á la comunidad de los frailes, á todo cristiano, tanto hombre como mujer.

Enrique VIII deja aquí el papel de teólogo; no quiere que le embaracen los manteos; los arroja, y se lanza á cuerpo descubierto en el terreno de la historia antigua,

evocando uno de los grandes nombres romanos, el de Emilio Caro, para confundir con sus textos al adversario.

«Quírites, gritaba el viejo romano, acusado por un hombre sin fe ante el pueblo de la Ciudad. Varo afirma, y yo niego: ¿á quién creéis vosotros? Y el pueblo aplaudió á Emilio, y el acusador quedó confundido. Yo haré el mismo argumento respecto á esta cuestion. Lutero ha dicho que la palabra de la institucion se aplica á los legos; Agustín dice que no: ¿á quién creéis vosotros? Lutero que sí; Ambrosio que no: ¿á quién creéis vosotros? Lutero dice que sí; la Iglesia entera alza su voz, y dice que no: ¿á quién creéis vosotros?»

El teólogo no deja sin respuesta ninguna de las aserciones de Lutero: Eck, en Leipzig, no estuvo seguramente ni mas preciso ni mas incisivo. ¿Cómo se complace de sí mismo! ¿Cómo desenvuelve orgulloso todos los errores del cenobita! ¿Cómo aduce los sagrados textos, ostentando su ciencia en las Escrituras y los historiadores profanos, para probar que no está tan cubierto del polvo escolástico, que no pueda verse en él al estudiante que ha hecho un estudio profundo de las musas griega y latina! Al llegar á la conclusion de su larga apologia, se convierte en retórico, á la manera de Isócrates, y con un torrente de periodos cadenciosos, dispuestos con arte, quiere demostrar á Lutero lo que él ha comprendido y lo que ha de resultar de este teológico combate.

«Así, pues, no hay doctor mas antiguo que el doctor mundo, nada mas santo si nos enseña la bienaventuranza, nada mas sabio si convierte su doctrina al conocimiento de la Sagrada Escritura; y mucho mas respetable, por cierto, que este doctorzuelo, este santillo y esta sombra de erudito, infatuado con su soberbia autoridad. Puesto que desprecia á todo el mundo, y no cree en nadie mas que en sí mismo, ¿por qué se indigna de que le lancemos

desprecio por desprecio, desden por desden?... ¿Con qué garantía entraremos en duelo con Lutero, que no solo desoye el aviso prudente de otro, sino que se contradice á sí mismo, que niega al presente lo que en otro tiempo afirmó, y que afirma lo que ha de negar una hora despues? Si para combatirle os escudais con *la fe*, al momento os opondrá *la razon*; si os envolveis en el manto de la razon, en seguida os opondrá la fe; si citais vosotros la filosofia, apelará él á la Escritura; si vosotros invocais los Libros Santos, él se enredará en sus sofismas; escritor desvergonzado, que se resguarda con las leyes, que desprecia á nuestros ancianos doctores, y desde lo alto de su grandeza se burla de las lumbreras de hoy; que persigue con sus insultos á la majestad de los Pontífices; que ultraja las tradiciones, el dogma y las costumbres, las leyes, los cánones y la fe de la Iglesia, y á ella misma; que no tiene ninguna parte sino en el cenáculo de dos ó tres novadores, de los cuales él se ha constituido jefe.»

La organizacion de Lutero sufría una fiebre irritable en el mayor grado; la fiebre del orgullo: ¡desgraciado el que osase herirla en esta parte! Enrique conocía á su adversario; queria hacerle espiar las alabanzas que de todas partes le habian dirigido, y con una cruel jocosidad ofendió y despedazó su vanidad literaria. Lutero fue tratado de *doctor-zuelo*, *santuelo*, *erudituelo*, diminutivos que no encontrareis en los escritores del reinado de Augusto, y que Enrique empleó justamente para que su desprecio pareciese partir de mas bajo. Eck, Miltitz, y Latomus mismo, se quedaron cortos, y no negaron nunca á Lutero los títulos de doctor y de literato. ¡Ah! Si Lutero hubiese tenido la manopla de su rival, ¡cómo se hubiese complacido estampándola en el real rostro! Mas por fortuna tenia una pluma, que le habia servido en mas de un duelo, y que, pudiéndola mojar en lodo, ensuciase una figura, hasta el punto de hacerla desconocer. Decimos de lodo, por pudor, porque Tomás

Moro pretende que él habia buscado en otra parte la *inmundicia* con que cubrió la frente de su rival.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo; Lutero no empleó mas que algunas horas en componerla, y bien pronto la Alemania entera presenció un espectáculo nunca visto.

Ved la respuesta del cenobita:

«Hace dos años publiqué un pequeño libro con el título de *La Cautividad de Babilonia*, el cual trastornó el cerebro de los papistas, que no han perdonado ni mentiras, ni cólera: yo les perdono. Otros lo hubiesen tragado con gusto; pero el anzuelo estaba muy duro y muy puntiagudo para mi garganta. Finalmente, el Sr. Enrique, por la desgracia de Dios Rey de Inglaterra, ha escrito en latin contra este tratado. Alguno hay que cree no ha salido de la pluma de Enrique VIII este folleto: sea de la pluma del Rey Heintz, sea del diablo, ó del infierno, tanto se me da. El que miente, es un embustero: yo no tengo miedo; mirad lo que pienso: que el Rey Enrique ha dado una ó dos varas de una tela grosera, y que su mocoso sofista, el digno discípulo del baño tomista, que escribió contra Erasmo (Lée), tomó la aguja y las tijeras, é hizo una capa.»

Lutero hizo lo mismo que Enrique: pasó revista á las aserciones de su rival, y se propuso refutarlas.

«Si un Rey de Inglaterra me lanza sus mentiras al rostro, yo tengo derecho á mi vez de hacérselas entrar hasta la garganta. Si él blasfema de mis sagradas doctrinas; si arroja su lodo á la corona de mi monarca, de mi Cristo, ¿por qué se ha de pasmar si yo ensucio con espumarajos parecidos, y proclamo que el Rey de Inglaterra es un embustero y un canalla?»

«Habrà dicho entre sí: «Lutero está asustado; nada me «dirá; sus libros están rotos, mis calumnias pasarán; como «soy Rey, se creerá que tengo razon. Yo puedo lanzar á la «cara de ese miserable monge todo lo que me venga á la